

La Metamorfosis"

Por: Franz Kafka

Gregorio Samsa un día despertó y descubrió que era un horroroso insecto. Sintió una coraza y, cuando hacía los movimientos usualmente antiguos, le dolía el cuerpo, tenía muchísimas patas y su cuerpo era color marrón lleno de estrías. No sabía que le había pasado, sabía que no era un sueño, ya que su cuarto era el mismo. Su profesión era de viajante y en una de las paredes de su cuarto colgaba una imagen de una señora que había cortado de una de las cuantas revistas de viajero, portaba un sombrero y una boa, posaba una posición erguida y un manguito de piel en uno de sus antebrazos. Se asomo a la ventana, llovía lentamente. Se entristeció, y pensó en volver a dormir, pero no se podía hacer ya que dormía de su lado derecho, y como estaba no podía adoptar esa postura, pero aunque lo quisiera hacer, volvía a tener la postura del principio. Trato de hacerlo pero miraba sus patas, y cerraba los ojos, ya que todas se movían sin que él las pudiera controlar; dejó de hacerlo, ya que sintió un dolor en su costado, este dolor nunca lo había sentido. Penso que esa profesión que tenía y que los enervantes le hicieron esa metamorfosis, el horario era otro "culpable", los tratos con gente cambiante, las malas comidas, etc. Sintió una comezón en la panza, trato de rascarse, pero la textura de su vientre era demasiado espeluznante para poderla tocar y retiró la pata, después de esto regresó a su posición inicial, recordó que se había levantado temprano y pensó en todo lo que hacía en una mañana normal, otros viajantes mientras desayunan, el está del tingo al tango sin poder descansar y pensó que si sus padres le tuvieran un poco de consideración ya habría dejado el trabajo, le habría "cantado las 40" al jefe y se hubiera largado, ya que la injusticia de que el jefe le hablara al empleado desde una tarima era una estupidez, y que el empleado se tenía que acercar al escritorio todo lo posible ya que el jefe era un sordo. Él pagaba la deuda de sus padres, y dijo que cuando terminara de pagarla se iba del trabajo, en promedio se tardaría 5 o 6 años, pero la haría. Dijo que se iba a levantar, ya que su tren salía a las 5 de la mañana, vio el despertador y la hora era 6:30, las manecillas eran muy rápidas, recordó si el despertador sonó a las cuatro, y dijo que tenía un ruido muy fuerte, y la alarma estaba puesta a esa hora, no podía fallar. No sabía que hacer ya que el próximo tren salía a las siete y eran cuarto para las siete, se tendría que apurar, ya que el mozo de la tienda haría un bello escándalo, por qué lo estaría esperando desde las cinco y le iría a decir al gerente. No se podía reportar enfermo ya que Gregorio nunca había faltado, y su trabajo era esencial; si faltaba el jefe iría con el médico del seguro, y a sus papas les echaría en cara que tenían un hijo flojo. A pesar de su situación, se sentía bien, es más tenía hambre. Sonó la puerta, y era la mamá de Gregorio, le decía que si ya se paraba, ya que se le hacía tarde para el trabajo. Le contestó que ya se iba a parar. Alabo la voz de la madre, en cambio su voz no le gustó, tenía una clase de silbido que antes de la metamorfosis no tenía, se deformaba al hablar, pero su madre parece como si no se hubiera dado cuenta, como si las paredes le hubieran quitado ese sonido extraño. Su madre se tranquilizo pero al oír su voz los demás miembros de la casa se dieron cuenta que Gregorio no había salido de casa. El padre grito del cuarto de a lado que qué pasaba, después volvió a su desayuno y la hermana le ordenó que abriera, le dijo que pronto iría. Pensó en levantarse, y que esos síntomas eran los de un resfriado. Tirar la cobija era una tarea simple, pero actualmente imposible de hacer, ya que su cuerpo era demasiado gordo y habría recurrido a sus brazos y manos, pero tenía una patas muy extrañas, que se movían constantemente y no le respondían a sus mandos. Se estiro en la cama y decidió a salir, pero se pegó en la pisesera de la cama, sintió un gran dolor y dijo que la parte inferior de su cuerpo es la más sensible, trató después sacar la parte superior de su cuerpo y su cuerpo pesado volvió a quedar en su antigua posición, viendo sus patitas. Dirigió su mirada a la ventana, vio la niebla, sonó el reloj, eran las siete, y penso que cómo había tanta niebla a esa hora. Se quedó inmóvil, como si algo fuera a cambiarlo a su forma normal. Se dijo a sí mismo que antes de las siete y cuarto tenía que estar levantado, porque sino alguien del negocio iba a ir a su casa a preguntar por él. Avanzó hacia el borde de la cama. Salir de ella era un nuevo sistema. Pensó que sería más fácil que dos personas fuertes fueran en su ayuda, su papá y la criada, nada mas tenían que poner los brazos alrededor de su cuerpo, y ya lo podrían jalar, pero su puerta estaba bajo llave, y le salió una sonrisita burlona. Trató de bajarse, y a un paso de perder el equilibrio miro el reloj y eran las 7:10. Sonó el timbre. Pensó que era alguien del negocio, sus patitas se agitaban aun más. No abrían la puerta de la entrada, luego la

criada fue a abrir. Necesitaba oír las primeras palabras para saber quien era, era el gerente en persona. ¿Por qué Gregorio tenía que servir a una empresa donde no le tenían la confianza suficiente a los empleados?, No había en la empresa nadie que fuera fiel, y esta se aprovechaba de los empleados. No se le hizo suficiente al jefe mandar a un aprendiz, sino al gerente. Tomó vuelo y se arrojó al suelo retumbando estrepitosamente, la alfombra amortiguó la caída y la espalda era más flexible de lo que había pensado, pero se pegó fuertemente en la cabeza y con ese dolor se sobó en la alfombra. El gerente oyó el ruido de la caída. Su hermana le avisó que el gerente estaba en la casa. Gregorio dijo que ya sabía, pero lo dijo en voz baja y no lo oyó. El padre enojado le dijo que el gerente estaba en casa y fue a preguntar que por que no salió en el tren de la mañana y que quería hablar personalmente con él. La madre trató de ocultar que Gregorio estaba en la casa platicándole que Gregorio si le gustaba ir al trabajo, decirle que realmente se sentía mal para ir, por que no salía de noche, pero todas las noches se quedaba en casa, leyendo el periódico o estudiando la guía de trenes, que también hacía trabajos de carpintería y que acaba de hacer un marco y que ahora que Gregorio abriera la puerta lo iba a ver, y que ella estaba feliz que el gerente viniera, así lograrían que abriera, porque es muy terco. El gerente esperó que no fuera algo grave, que no estuviera enfermo, y admitió que, ellos los hombres de negocios se tenían que sobreponer por los intereses de la empresa. El padre le gritó a Gregorio si ya podía entrar el gerente, pegó fuertemente en la puerta, la hermana comenzó a llorar. Se preguntó por qué la hermana no iba con los demás, de seguro porque todavía no estaba vestida, y él por que lloraba, de seguro se acaba de levantar, y pensó que era que le preocupaba que iba a perder el puesto, ya que después el jefe les diría a los padres él por qué Gregorio debería de seguir trabajando pero pensó que no deberían de preocuparse, ya que nunca abandonaría a su familia, es más, estaba tirado en la alfombra, si alguien supiera como estaba, esa persona no hubiera exigido que el gerente entrara. Es más, no lo podían correr del trabajo sin excusas adecuadas, no lo podían echar sin más de mas, deberían de dejarlo en paz, dejar de llorar, de gritar y de rogarle, pero la incertidumbre entristecía a los suyos. El gerente empezó a regañar a Gregorio, le dijo que se encerraba en su cuarto, que solo contestaba con un si o no y preocupaba a sus padres innecesariamente, que solo desatendía sus obligaciones del negocio demasiado, que él hablaba en nombre de su padre y jefe, le exigió una explicación y le dijo que estaba asombrado, había pensado que era un persona tranquila y razonable, que quería hacer gala de caprichos, que el jefe le dijo una posible explicación de su falta en la mañana. El gerente pensó que era el dinero que le habían confiado, era por eso que no salía. Gregorio le empezó explicar del porque no salía del cuarto, era un vértigo que le dio en la mañana, es más todavía seguía en la cama, había sentido unos malestares, que salían en el tren de las ocho, que se esperara. Se acercó al armario, quería abrir la puerta, saldría pero si se asustaban no era su culpa, si no se asustaban todo iba bien y se podría ir al trabajo. Se resbaló del armario, pero por fin quedo erguido y recargado en la pared, ya no le dio importancia al dolor en el abdomen. El gerente pensó que les estaba tomando el pelo. La madre de Gregorio llorando dijo que este si estaba realmente enfermo, que se esperara, le llamó a la hermana, su nombre era Greta, que por favor fuera por un cerrajero. La criada y la hermana salieron corriendo hacia la puerta, la abrieron y la dejaron abierta, así la dejan en las casas que ha sucedido algo malo. Gregorio tosió y todos pegaron su oreja a la puerta. Trato de abrir la puerta, le costo trabajo girar la llave, por el esfuerzo le empezó a salir un líquido viscoso por la boca. Después de varios esfuerzos la entreabrió. Salió, las reacciones fueron: la madre se desmayo, el gerente se sorprendió y se fue, el padre se fue a llorar a su cuarto. Cuanto desearía que su hermana estuviera ahí, porque así detendría al gerente y lo comprendería. Al despertarse la madre horrorizada huyo de Gregorio, y tiro la cafetera de la mesa pero no le dio importancia. El padre, también horrorizado, espantándolo con un bastón y un periódico para que se fuera a su cuarto. Con muchos esfuerzos dio la media vuelta, y se metió a su cuarto, se dio cuenta que en esta pelea el padre lo había lastimado, ya que estaba sangrando. Olió algo, era comida, leche azucarada con trocitos de pan, de seguro fue su hermana, que sabía que su comida favorita era la leche, pero la probó y le supo horrible, no la pudo digerir y la escupió. Se escondió debajo del sofá. Temprano por la mañana, estaba muy oscuro. La hermana entró en el cuarto de puntillas, vio que no había tocado la leche, como Gregorio tenía hambre, se asomó para ver que le traería, la hermana se llevó el tazón, entro con un tazón de comida vieja, luego con un tazón de agua, que por cierto nunca lavaron después que Gregorio le tomó por primera vez. La hermana se fue, ya que sabía que Gregorio no comería si ella se quedaba, salió y puso el cuarto bajo llave. Ahora que trató de comer, vio que sus heridas ya habían sanado, pues ya no le molestaba al bajarse a comer. Se dedico a comer el queso, y todos lo demás manjares. Los ojos de Gregorio estaban llenos de lagrimas de felicidad. Retiro lo que no le gustaba, comió lo

demás. De repente, su hermana empezó a girar la manija de la puerta, avisándole a Gregorio para que se escondiera, tenía abombado el abdomen, trató de esconderse, entró Greta y retiró toda la comida, la metió a una cubeta, se fue después. La familia no quería que Gregorio muriera, pero no le daban importancia. Diario recibía los cuidados e la hermana, mientras los padres dormían la siesta y a la criada la mandaba por algo. Greta era la única que le ponía atención, y estaba feliz que Gregorio comiera, y cuando no comía se ponía triste. Gregorio oía todo, cada vez que se escuchaba una voz corría la puerta o pared para oírlo todo. Los primeros días el tema era Gregorio. La criada, al primer día le rogó a la madre para que se fuera, la madre no sabía que la había aterrorizado tanto, se fue a despedir al cuarto, llorando, diciendo que era un gran favor tenerla en la casa y que no diría nada a nadie. Ahora Greta le ayudaba a la madre a cocinar y hacer los quehaceres. Las cosas habían cambiado, Greta le ofrecía al padre una cerveza, le dijo que le llamaría a la portera para que fuera por la cerveza, pero con un efusivo no callaba a cualquiera. El padre le avisó a la familia que tenían problemas económicos, a veces iba a la libreta de notas o a una caja fuerte, esa misma caja que hace 5 años los había sacado de una bancarrota, ya que en esta caja fuerte guardó lo que le sobra de aquel negocio que tenían, era un secreto y el padre nunca lo había develado; De todos modos Gregorio nunca les había preguntado de aquel dinero, pero Gregorio trabajaba sin importarle. Gregorio hizo todo lo posible para que la familia olvidara todo lo pasado (hablamos de la deuda pasada), y así se puso a trabajar de viajante, ganaba comisiones, que luego se convertían en dinero, y después el respaldó todos los gastos de la familia, los integrantes lo aceptaban con gratitud, él lo daba con gusto, y después los papas le habían perdido cariño, solo Greta lo quería. Greta, su sueño era entrar en el conservatorio, y esta sorpresa la darían en Navidad. Pero ahora ya no se podía realizar, debido al estado de Gregorio, pero de no ser así, lo hubiera dicho en nochebuena. A veces cuando no hacía nada, se dedicaba a oír, pero cuando se cansaba azotaba la cabeza contra la puerta y hacía un ruido, y el padre replicaba que qué estaría haciendo en esos momentos. Gregorio se enteró que había quedado un "capitalito", el padre lo había ahorrado, este capitalito salía de lo que daba Gregorio cada mes, pues el padre agarraba una pequeña cantidad. De este ahorradito se podía vivir un año, máximo dos, pero solo se debería tocar en caso de emergencia. De no haberse convertido en insecto, no habría tenido vacaciones, ya que estas han sido sus primeras vacaciones en estos 5 años de trabajo ininterrumpidos. ¿Cómo iba a trabajar la madre? Tenía asma; ¿y el padre? Era muy viejo, pero saludable, y la hermana era muy pequeña para trabajar. Lo único que hacía era arreglarse, dormir mucho y trabajar un poco en los quehaceres del hogar, y su afición era tocar el violín. Cuando la familia hablaba de dinero, y Gregorio oía, este luego se apartaba de la puerta porque se apenaba de lo sucedido. Cuando sucedía esto, él se quedaba toda la noche sin dormir, rascando el sofá; luego se divertía poniendo la silla en la ventana, luego se ponía en el alféizar, de ahí se iba a los cristales, esto le recordaba que antes mirar a la ventana lo relajaba, aun actualmente, veía con atención las cosas. Greta siempre veía que Gregorio dejaba la silla en la ventana, esto lo pudo ver dos veces. Si Gregorio solo hubiera tenido la oportunidad de agradecerle, pero a la hermana le desagradaba lo sucedido. La entrada de Greta era imprescindible, él se escondía debajo del sofá, pero Greta llegaba, abría la ventana, respiraba el aire fresco con prisa, y sobresaltaba a Gregorio, iba dos veces al día, parecía como si el olor del cuarto le pareciese repugnante. Un mes después de la metamorfosis, ya le parecía normal ver a Gregorio, pero luego cerraba la puerta de golpe. Gregorio se escondió después de lo sucedido, pero se esperó hasta el mediodía para que la hermana volviera. Samsa comprendió que la forma en que veía las cosas era de comprender, y que tenía que comprender como Greta lo veía. Paso la sabana al sofá, le costó un trabajo de 4 horas, la puso de manera que nadie lo viera, ni agachándose; ella se dio cuenta que la puso para que no lo viera, ya que no la movió de lugar, le dio más confianza para entrar al cuarto. Se aisló completamente. Cuando Greta entró, Gregorio se asomó para ver que pasaba, vio que ya no le daba pavor entrar y verlo. Los primeros 15 días no tenían valor para entrar en la habitación de su hijo. Muchas veces oía como elogiaban a la hermana por lo que hacía, y le extrañó que hicieran eso, ya que anteriormente no la bajaban de una inútil, ya que nunca hacía nada. Casi siempre la esperaban afuera después de entrar, y le preguntaban cómo estaba el cuarto y Gregorio. La madre lo quería ver, pero el padre y la hermana se lo prohibían plenamente. Luego, definitivamente no la dejaron, ya que se ponía a gritar y a llorar para que la dejaran pasar, aunque a Gregorio le hubiera encantado que su madre hubiera entrado, no diario, pero si una vez por semana. Por respeto a sus padres, no se asomaba a la ventana, aunque era difícil subir a esta. Comer no le importaba, le daba lo mismo que le entrara comida a su estómago o no. Caminaba por el techo o por las paredes, era su afición. En una de sus caminatas, se le iba el paso y se caía al piso. Ya dominaba su cuerpo, sus caídas ya no lo lastimaban tanto

como antes. Greta sabía de lo que Gregorio hacía, ya que veía rastro de líquido viscoso que dejaba a su paso. Pensó que era bueno sacar los muebles, ya que había que facilitarle el paso hacía el techo o las paredes, pensó hacerlo sola pero no podía, los muebles eran muy pesados. Pensó pedirle ayuda a su papá y a la nueva criada, pero era demasiada molestia y pena, ya que no les importaba Gregorio tanto como a Greta. La nueva criada siempre estaba en la cocina, y solo la podía abrir si le daban santo y seña. Lo que hizo para poder quitar los muebles fue, llamar a la madre en una de las idas del padre. La madre se sintió alegre, pasaron al cuarto. Gregorio bajo la sabana más al piso para que no lo vieran. Ahora Gregorio no espío, solo se alegró de que la madre estuviera ahí. Gregorio oyó como la madre y la hermana empujaban el armario. Greta llevaba casi todos los muebles, porque la ayuda de la madre era muy poca a causa de su asma. La madre dijo que sería mejor dejar el armario en su lugar, ya que era pesado y si lo dejaban a mitad del cuarto estorbaría, también dijo que no le estaban haciendo un favor a Gregorio quitándole los muebles. A la hermana le parecía buena idea, pero ¿por qué no preguntarle a Gregorio?, A él le deprimían las paredes vacías. La madre pensó no quitar los muebles, ya que sería dejarlo solo (aunque ya lo habían dejado solo). Gregorio comprendió que la falta de palabras con los humanos le trastornó el juicio, ya que si fuera humano no los hubiera dejado quitar los muebles de su cuarto. Él pensaba que era una gran ventaja dejar los muebles, ya que eran heredados. Quitaron todo los muebles menos el sofá para que pudiera dormir en él y poder esconderse en algún lugar. La hermana se puso terca, y decidió sacar los muebles, así solo en el cuarto dominarían las paredes y solo Greta podría entrar. No se dejó llevar por las palabras de la madre, esta se sentía insegura y guardó silencio muy rápido. Gregorio podría renunciar al armario, pero defendería el escritorio. Las mujeres hicieron todo lo posible por sacar el armario, la madre regreso y Greta se quedó balanceando el armario. Como la madre no tenía costumbre de verlo, Gregorio se escondió rápidamente debajo del sofá, la sabana se movió un poco y esto advirtió a la madre para entrar en el cuarto, se quedó indecisa y fue por Greta. Para darse fuerzas de voluntad se repetía una y otra vez que no pasaba nada si quitaban unos muebles. Se sintió oprimido por el escándalo que traían las mujeres. Se sentía realmente mal porque le quitaban todos sus muebles, aunque encogiera las patas y la cabeza, le estaban quitando sus muebles, le vaciaban la habitación. Le quitaron lo más querido, su armario y ahora destornillaban el escritorio, a ese escritorio que le había tomado tanto cariño, ya que estaba con él desde la primaria hasta la academia de comercio, pero ya que no podía hacer nada, solo agradecerle a dos amables mujeres por vaciar su habitación. Mientras la madre y la hermana se iban al otro cuarto, él trataba de ver que salvaba, le llamó la atención el cuadro e la mujer, trepó hacia él y apretujo su vientre caliente contra el vidrio frío, así ya no se lo podían llevar. Greta abrazó a la madre y le preguntó que se iban a llevar, Greta cruzó miradas con Gregorio y decidió llevarse a la madre caudalosamente a la sala. Gregorio predijo que Greta se llevaría a la madre para luego ir a espantarlo de la pared, pero nunca soltaría ese cuadro, primero le saltaría a la cara de la hermana. Momentos después que la hermana le dijo que fueran a la sala, la madre vio una estela de color marrón en el papel tapiz y la madre exclamó –¡Oh Dios, oh Dios!– y cayó con los brazos abiertos en el sofá. Le preguntó si era Gregorio, y estas fueron las primeras palabras dirigidas directamente a Gregorio desde su metamorfosis. Greta fue por algo para sacar del desmayo a la madre, Gregorio la siguió, como en los viejos tiempos que le daba un buen consejo, pero solo se quedó detrás de ella, mientras ella rebuscaba en los frascos, a Greta se le resbaló uno de las manos, el líquido que caía era corrosivo y lastimó a Gregorio en la cara. La hermana agarró los frasquitos que pudo, y cerró la puerta dejando a Gregorio adentro. No podía hacer otra cosa más que esperar, ya que si salía espantaría más a la madre, empezó a dar vueltas en la sala y después cayó en la mesa. Al poco rato, cuando todo estaba en silencio tocaron el timbre, Greta fue a abrir, era el padre y enojado preguntó que qué pasaba, Greta le contestó que la madre se había desmayado y Gregorio se había escapado. El padre mal interpretó esto, y estaba demasiado enojado. Gregorio se fue corriendo a la puerta de su cuarto para que el padre se diera cuenta que no tenía la intención de desaparecer. Solo el padre tenía que abrir la puerta para ver lo sucedido, pero el padre no tenía el humor para hacerle caso a su hijo. Gregorio levanto la mirada hacia el padre, Gregorio nunca se había imaginado al padre como lo estaba viendo, era demasiado grande. De tanto estar de aquí para allá no sabía lo que pasaba en la casa, supuso que había cambiado algo, se preguntó si era el mismo padre y el mismo hombre que cuando Gregorio se iba de viaje él estaba acostado, y que en las noches lo esperaba en bata. No, sí era el mismo hombre, el único cambio era que se hizo más viejo. El padre estaba realmente bien vestido, traía oro en su ropa y parecía empleado de banco. El padre se acercó a Gregorio, y Gregorio no sabía que le iba a hacer, ya que al andar levantaba mucho los pies. El pobre de Gregorio sabía que lo iba a tratar con severidad, así es que

empezó a correr, y se paraba cuando este se detenía, y al menor movimiento empezaba a correr. No parecía persecución. Gregorio pensaba que el padre después de tiempo iba a huir, por sus leves movimientos, aquí se refleja el miedo que le tenía al papá. El papá le empezó a aventar manzanas, y asustado siguió corriendo. El padre lo empezó a bombardear. Empezó a tirarlas como pelotas de boliche, y una se quedó incrustada en su espalda. Gregorio trató de arrastrarse, pero tenía demasiado dolor. La madre le abrió la puerta de su cuarto, y entró. La hermana se aventó hacia el padre para que no lastimara a Gregorio, luego la madre agarró su cabeza y rogaba por la vida de Gregorio. Sufrió por un mes por la manzana incrustada en su espalda, nadie se atrevió a quitársela. Cada vez que se veía, se reprimía y decía que al fin y al cabo era otro miembro de la familia, al que no podían tratar como un enemigo. Los miembros de la familia, solo lo toleraban, no le hacían caso, no le ponían un poco de amor. Ya había perdido su movilidad anterior, para poder atravesar su cuarto se tardaba mucho, como un viejo inválido. Pero en forma en que empeoraban las cosas, se conformaba con que ahora abrían su puerta hacia la sala. Él esperaba que abrieran la puerta, cuando la abrían se hundía en la oscuridad, veía a la familia como conversaban, como convivían sin él. La conversación no era cálida, parecía cuando se metía en las frías sabanas de un hotel; el padre pronto se quedaba dormido en el sillón, la madre cosía hacia la luz y la hermana estudiaba taquigrafía y francés, ya que consiguió un trabajo de vendedora, para mejorar la situación de la familia. El padre nunca se quitó el uniforme, parecía como si el jefe le fuese a llamar urgentemente, hasta dormido en el sofá de la sala lo usaba. Gregorio lo que veía de ese cuadro era el uniforme viejo y descuidado que portaba el padre, con manchas y descolorido. A las diez, la madre trataba de despertar al padre para que se fuera a la cama, pero se tenía que levantar temprano y ya estaba lo suficientemente dormido para levantarlo, después de varios intentos, Greta y la madre lograban que fuera a la cama, pero lo tenían que acompañar ya que era una tarea difícil meter al papá a la cama. Ahora ni Greta le ponía atención a Gregorio, nadie, ya que la familia estaba realmente cargada de trabajo. Corrieron a la criada, ahora iba una señora grande y huesuda que hacía el trabajo rudo, pero la madre hacía el demás trabajo, también seguía con la costura. Ya habían mandado a vender unas alhajas, y siempre se quejaban de lo imposible que era mudarse. No tenían preocupación por mudarse, lo que les estorbaba era Gregorio, pues no sabían como trasladarlo, la solución era que en una caja con unos cuantos hoyos lo metieran, pero de todos modos no lo querían llevar pues era una desgracia su metamorfosis. Ahora corrían como los pobres; el padre comía en el banco, la madre lavaba ropa ajena y Greta perseguía a los clientes detrás de un mostrador. La familia ya no tenía fuerzas, hasta la herida de Gregorio empeoraba. Las mujeres no podían aguantar y mejilla a mejilla se sentaban las dos, quien sabe para que, pero en las noches después de hacer esto alguna de las dos cerraba la puerta del cuarto de Gregorio. Gregorio casi siempre no dormía, pensaba que un día alguien abriera la puerta y él tomaría los asuntos de la familia como antes, pensaba en el jefe, gerente, amigos del trabajo, amigos de otro lugar, la camarera de un hotel, una vendedora de sombreros que la cortejó todos estos recuerdos emergían en gente extraña u olvidada. Por las mañanas Greta le aventaba con una patada algo de comer, y en las noches lo recogían a escobazos, y limpiaban en la noche realmente rápido su cuarto. Pero la suciedad de las paredes y lugares alejados de la puerta no la quitaban. Gregorio velaba su cuarto, ya que no quería que nadie llegara, lo echara y se adueñara de él, aunque realmente nadie quería su cuarto. Una vez la madre limpió a base de cubetazos de agua, a Gregorio le molestaba la humedad, gracias a esto tuvo que permanecer todo el tiempo en el sofá, con un humor amargado e inmóvil. La madre lo hizo en ausencia de la hermana, y cuando esta se dio cuenta fue regañar a la madre, y esta rompió en un ataque de llanto. El padre del susto brincó del sofá. El padre estaba a favor de la madre, ya que le dijo que ella se encargara de la limpieza, pero la hermana no estaba de acuerdo y nunca más le permitiría hacer la limpieza. La madre tuvo que llevar al padre al dormitorio, y Greta se quedó en el comedor golpeando con sus puños la mesa. La hermana ya estaba harta del trabajo que hacía con Gregorio, pero ella no estaba sola, estaba la nueva sirvienta, una vieja viuda de robusta osamenta, y no sentía ninguna repugnancia por Gregorio. Una vez por la mañana no se sorprendió ella, sino Gregorio se espantó, y desde ese día ella no le asusta, sino que lo llama – viejo escarabajo, ven acá –, – Escarabajo estercolero, mírame –, y cosas por el estilo. Gregorio no le hacía el menor caso. Una mañana una lluvia azotaba los cristales de la ventana, el anuncio era la llegada de la primavera, la sirvienta entró, Gregorio se fue caminando hacia ella como si la fuera a atacar. No se atemorizó, levantó la silla más cercana y la azotó contra la espalda de Gregorio, él dio la vuelta, ella se sintió satisfecha por lo hecho y bajo la silla. Gregorio ya no comía nada, de vez en cuando cogía un bocado, lo masticaba por horas y luego la escupía. Pensó que era la pena por cómo estaba su habitación, aunque ya se había acomodado a su "nueva" habitación. Tenían la

costumbre de meter cosas en su habitación, pues le rentaban un cuarto a tres huéspedes, y sobraban muchas cosas. Los tres señores tenían barba, y pedían demasiado: que la casa y la cocina estuvieran perfectamente arreglada, no aceptaban tiradero en la casa, y menos si estaba sucio, además ellos traían la mayoría de sus muebles, así es que los muebles invendibles o inservibles, todos los ponían en el cuarto de Gregorio, especialmente la sirvienta, todo lo ponía ahí. ¿Acaso la sirvienta las estaba juntando para hecharlas todas las cosas de una vez a la basura? Todo quedaba ahí, aunque a veces Gregorio empujaba las cosas a un lugar. Al principio lo hacía con debilidad, ahora lo hacía por diversión. A veces los inquilinos cenaban en la sala, tenían que cerrar la puerta para prohibirles ver a Gregorio. Una vez la sirvienta dejó la puerta entreabierta, los inquilinos se fueron a la sala, prendieron la luz. Se sentaron a la mesa. Inmediatamente la madre apareció con una charola de carne, tras ella Greta con una montaña de papas. Los inquilinos vieron antes de comer las charolas. Sí, el caballero de la cabecera probó aun en la charola la carne, le gustó, madre e hija hecharon a reír. La familia comía en la cocina, para darles el lugar a los huéspedes, pero el padre siempre entraba en la sala dando una reverencia, y con un sombrero le daba una vuelta a la mesa. Los caballeros se levantaban y decían algo en voz baja. A Gregorio se le hacía raro que en la sala siempre sonaran los dientes bajo la acción de masticar, pensó que para masticar se necesita una mandíbula, y se dijo que se moriría si se alimentara como esos señores. Justo esa noche se oía el violín desde la cocina, Gregorio no había escuchado el violín. Los caballeros ya habían terminado de cenar, el de en medio sacó un periódico, sacó una hoja para los otros dos, empezaron a leer y fumaban. Cuando empezaron a oír el violín, se fueron a la cocina. El padre les preguntó si les molestaba la música, a los caballeros les parecía lo contrario, y le pidió si podía ir a la sala, el padre contestó en lugar de Greta, y les dijo que con mucho gusto iría a la sala. Primero apareció el padre con el atril, luego la madre con las partituras y Greta con el violín. La hermana lo preparó todo, los padres que nunca habían tenido inquilinos se sentían halagados. El padre quedó apoyado con la mano derecha entre botón y botón de la chamarra, uno de los señores le ofreció a la madre una butaca, ella se sentó en donde le habían indicado los señores. La hermana empezó a tocar, Gregorio asomó la cabeza. A todo esto habría tenido para esconderse, pues el polvo que había en su habitación era molesto y él estaba sucio, y se rascaba en la alfombra. En el estado que estaba tuvo que avanzar fuera de su cuarto, nadie se fijaba en él. La atención del padre y de la madre la tenía el violín, pero los señores estaban en la ventana, ahí hablaban a media voz. El padre los vigilaba, y se dio cuenta que estaban hartos del violín, pero por educación no dejaban la sala. Los señores estaban fumando, y soltaban el humo por la ventana, pero no obstante la hermana tocaba bien. Gregorio avanzó hacia ellos con la cabeza pegada al suelo, lo que quería era cruzar una mirada con su hermana, pero la gente se exaltaría. Era capaz de ir hasta su hermana, jalarle la falda y llevarla hasta su cuarto, pues a nadie le gustaba tanto como a él el sonido de el violín. Nunca más su hermana debería salir de la habitación. Por primera vez el feo cuerpo de Gregorio serviría para algo. Estaría en todas las puertas para espantar a los intrusos. Sabía que la hermana no debía de quedarse con él a la fuerza, sino con toda la voluntad del mundo, entonces le hubiera dicho al oído que la iba a mandar al conservatorio, o se lo diría en Navidad, las Navidades ya habían pasado y nunca se lo dijo. Pero si se lo hubiera dicho, Greta se echaría a llorar, la abrazaría y le besaría el cuello, que desde la época de su desgracia no llevaba nada en él. El señor de en medio lo señaló, el violín enmudeció. Con una sonrisita, volteó hacia sus amigos, y moviendo la cabeza en señal de no, volteo hacia Gregorio. El padre empezó a tranquilizar a los caballeros, estos les divertía más ver a Gregorio que oír el violín. El padre empezó a empujar a los caballeros a su habitación, e impedirles que viesen a Gregorio. Los caballeros se enojaron, el padre no sabía por qué, por el vecino que tenían en casa o por la conducta de él, a este le pedían una explicación, levantaban las manos, hablaban al unísono y se agarran la barba. Greta permaneció con el arco y el violín en mano, con las manos caídas y la vista hacía la partitura. Se enojó, le dio el violín a la madre, la madre le costaba trabajo respirar. Greta se acercó a la puerta de los inquilinos, la hermana removía el cobertor de las tres camas para que los señores se acostaran. Cuando llegaron a las camas ya se había ido el padre, con un ataque de terquedad. Les urgía irse, el padre los empezó a empujar, el señor de en medio dio una patada en el suelo, el padre cedió. Los inquilinos empezaron a escupir el suelo, se querían ir sin pagar y pensaron en demandarlos por daños y prejuicios. Los caballeros se metieron al cuarto y dieron un portazo. El padre cayó en el sillón, empezó a cabecear. Gregorio se quedó en el mismo lugar donde los caballeros lo encontraron, sabía que el mundo le caería encima, ni el sonido del violín que se le cayó a la madre de las manos logró que reaccionara. La hermana pronunció las siguientes palabras – Queridos padres, las cosas no pueden seguir así. Si ustedes no lo comprenden, yo sí. Delante de este monstruo

no quiero pronunciar el nombre de mi hermano y por esto sólo digo: nos lo tenemos que quitar de encima. Hemos hecho lo humanamente posible por cuidarlo y soportarlo, creo que nadie nos puede hacer el más mínimo reproche. – El padre dentro de sí dijo que Greta tenía razón. La madre empezó a toser impulsivamente, la hermana fue en su ayuda deteniéndole la frente. Prosiguió la hermana –Tenemos que deshacernos de él, los va a matar, lo veo venir. Si uno tiene que trabajar como nosotros, no puede soportar semejante martirio en casa, – Empezó a llorar de tal manera que se enjuagaba mecánicamente las lágrimas. Le dijo el padre que qué podían hacer, exclamo que si los podía entender, entendería su situación y se moriría. La hermana siguió insistiendo en que se tenía que ir, que como podía ser ese bicho su Gregorio, que atemorizaba a los inquilinos y se quería adueñar de la casa. Gregorio no quería espantar a nadie, ni menos apoderarse de la casa. Se dio la media vuelta y empezó a golpear su cabeza contra el suelo, pensando en su muerte. Caminó hacia su cuarto, su última mirada cruzó con la de su madre. Apenas llegó a su cuarto y cerró la puerta, la hermana corrió a la puerta del cuarto de Gregorio y la cerró con llave. De repente no sintió sus patas, y los dolores que había tenido desaparecieron, la manzana podrida en su espalda olía a dulce, y recordó a su familia con cariño y emoción. Su idea de desaparecer era más clara que la de la hermana. Todavía escucho el repiqueteo e las campanas de la iglesia a las tres de la mañana, y su último amanecer, también dio su último suspiro. En la mañana la sirvienta entró en el cuarto, le empezó a dar de empujones con la escoba y vio que no reaccionaba, lo encontró muerto. Le aviso a los familiares que apenas se repusieron de los gritos de la sirvienta, salieron rápidamente de la cama, entraron en la habitación de Gregorio, la hermana dormía en la sala, desde la llegada de los inquilinos, ella seguía dormida. De repente se levantó, la señora Samsa le preguntó a la sirvienta si estaba muerto, ella lo empujó con la escoba una, dos o tres veces. Sí, estaba muerto. La madre dio gracias a Dios y salió del cuarto. Greta empezó a decir que el cadáver estaba muy flaco, que por eso se había muerto. La sirvienta abrió la ventana del cuarto, el aire estaba cálido, entonces los caballeros se levantaron, preguntaron por su desayuno, la sirvienta los calló y los invitó al cuarto de Gregorio, rodearon su cadáver. El padre entró en la habitación con una libreta en mano, la mujer de un lado y la hija de otro. Les ordenó que salieran de su casa. Tomaron sus cosas, y los tres caballeros se fueron. Los miembros de la familia recargados en las barandas vieron como se iban. Los tres se dedicaron a descansar, se sentaron y escribieron tres cartas: el padre a la dirección, la madre al dueño de la tienda y Greta a su jefe. Mientras escribían entro la criada para decir que su trabajo había terminado. Ella mientras se iba a la puerta llevaba una sonrisita, le preguntaron qué pasaba y les dijo que ya había sacado el cadáver. Se despidió con un adiós, después que terminaron de escribir sus cartas, salieron rápidamente de la casa, cosa que sucedía rara vez. Tomaron el tranvía para ir al campo. Hicieron sus vidas, decidieron cambiarse de casa, ya que en la que vivían la escogió Gregorio, y querían una más funcional, pequeña y barata. Pensaron que era una muchacha joven y plantada, que debería de buscar un marido, que ya era hora de una nueva metamorfosis.